

NOVELAS EMOCIONANTES COMPLETAS

15
CTS

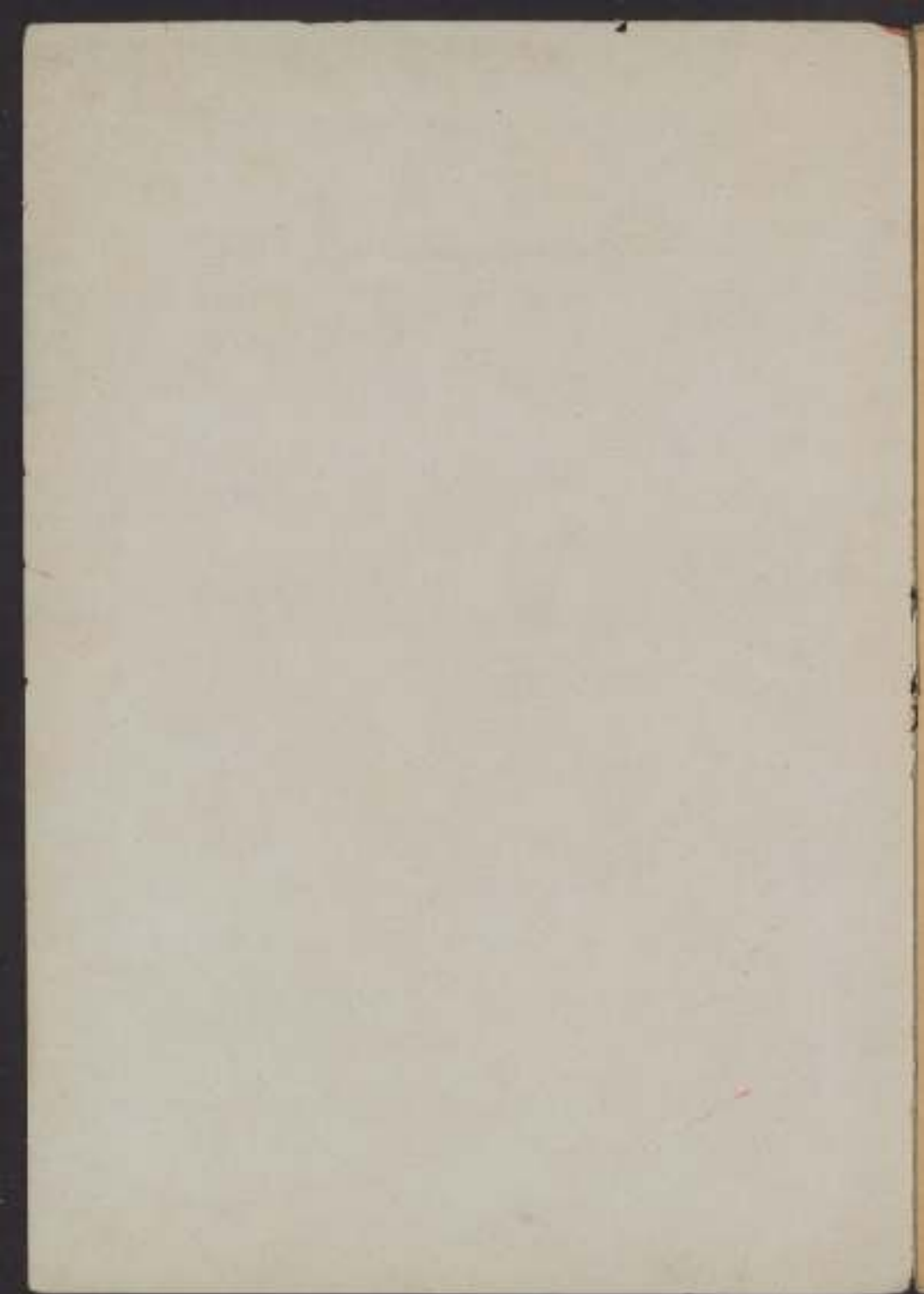
COWBOYS Y DETECTIVES

N.^o
2

El hombre de Arizona

por
Rex Bell





Cowboys y Detectives

Publicación semanal de asuntos completos

Ediciones HISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis. — Teléfono 18100

BARCELONA

Número 2

13 céntimos

El hombre de Arizona

Novela de aventuras, interpretada por Rex Bell

En una exclusiva de
BALART Y SINO
Aragón, 249. — BARCELONA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Una banda de foragidos tenía amedrentado al pueblo con sus fechorías.

Para nadie era un secreto que el jefe de dicha banda era Buck Gallagher, pero el terror que a todos inspiraba este siniestro personaje, por una parte, y por otra el no habérselo podido sorprender con las manos en la masa jamás, era la razón por la cual dicho individuo no colgaba aún de la horca.

Pero los habitantes del pueblo comenzaban a reaccionar, y esta reacción se tradujo en la captura de dos miembros de la banda, que fueron cogidos "in fraganti" cuando cometían un robo con asesinato, y para que sirviera de saludable escarmiento, fueron condenados a la pena de la horca.

Que ésta se hallaba próxima, lo acreditaba la febril actividad con que Moe Ginsberg cavaba dos fosas en el espacio que, destinado a cementerio, había precisamente delante de la pequeña cárcel del pueblo.

El viejo Moe Ginsberg era un tipo original y una verdadera institución en aquel pueblecillo que él había visto nacer. Ginsberg, lo mismo servía para un fregado que para un barrido, y así como ahora le encontramos haciendo de sepulturero, quizá al día siguiente podríamos verlo realizando una importante operación financiera o vendiendo un revólver, una sombrilla, aceite de hígado de bacalao o un kilo de azúcar en su enciclopédico establecimiento, pomposamente titulado "Al Emporium de Ginsberg".

Cuando se cansó de cavar, el viejo comerciante, con su inseparable y vetusto sombrero hongo sobre la nuca, se encami-

nó a su bazar, en cuya puerta halló a un tal Collins, un individuo mal entrado y de no muy buenos instintos, quien se prometía una gran diversión con el ajusticiamiento de los dos bandoleros, y no satisfecho con ser un simple espectador de él, quería adjudicarse el papel de verdugo y para ello pensaba comprarle a Moe una cuerda resistente.

Hallábanse los dos hombres tratando el asunto cuando llegaron el juez y el "sheriff" a la puerta del establecimiento.

—¿No viene su hermano a presenciar la sentencia?—preguntó Collins al juez.

—No—respondió éste—; está muy ocupado preparándose para marchar a Arizona.

—¿Peligroso viaje, con tanto oro como ha de llevar encima?

—¡Bah! Cuento con Kent Rogers para guiarle. Kent conoce bien el camino—replicó el juez.

Collins torció el gesto.

—Yo lo pensaría mucho antes de fiarme de Kent Rogers—comentó.

—Si no recuerdo mal—dijo el juez con sorna—, a usted le paró Kent los pies, recién llegado a este pueblo, ¿no?

—Bueno, bueno—respondió Collins, haciéndose el desentendido—; usted puede hacer lo que quiera, pues por lo visto se olvida de que Kent es amigo de Jerry Sutton, y que Jerry lo es a la vez de Buck Gallagher. Mirelo, precisamente ahí va. ¿Es que le mandó usted invitación para asistir al ahorcamiento?

El juez y el "sheriff" fijáronse en un jante que en aquel momento atravesaba la calle.

Era éste Jerry Sutton, un muchacho al que las malas compañías habíanle hecho caer en el vicio y unirse a Buck Gallagher y su cuadrilla con tal de poder satisfacer sus caprichos sin necesidad de trabajar.

Jerry atravesó, como hemos dicho, la calle principal del pueblo, y procurando no ser visto de nadie, se arrojó a la pared de la cárcel, a cuyo ventanuco hallábanse anudados los dos condenados a muerte.

Estos, durante toda la mañana, habían estado llamando los barrotes de la ventana, pero su obra no la podrían ver acabada antes de la hora señalada para la ejecución.

Pero Buck Gallagher y sus hombres velaban por ellos y se aprestaban a darles ayuda, comisionando para ello a Jerry Sutton precisamente, el cual ató con presteza una cuerda, que llevaba por el otro cabo amarrada a la cintura, y saliendo al galope de su caballo, arrancó de cuajo la reja y los dos reos escaparon por la ventana.

En aquel momento Collins se dió cuenta de la huida de los prisioneros y descargó su revólver contra ellos.

Una descarga cerrada respondió a su disparo. Los hombres de Gallagher, apostados en todas las esquinas y lugares estratégicos del pueblo para proteger la fuga de sus compañeros, entraban en funciones.

El "sheriff" cayó mortalmente herido.

Y el juez y Collins corrieron a guarecerse a una casa próxima, mientras los bandidos se hacían fuertes en el bazar de Ginsberg.

Cuando la refriega hallábase en su punto álgido, un jinete llegó al pueblo y, buscando protección contra las balas, se metió donde se hallaba el juez, y le preguntó:

—¿Qué, señor Mac Sweeney? ¿Puede tomar parte cualquiera en esta pelea?

—¡Ah! ¿Eres tú, Kent??—exclamó el juez, reconociendo en el recién llegado a Kent Rogers, el guía que había de conducir la expedición de su hermano a Arizona.

Kent era un muchacho jovial y simpático, al que todo el pueblo apreciaba, excepto Collins, como ya se ha dicho.

De pronto Kent advirtió que en medio de la calle había tendido un hombre, que se quejaba y pedía agua sin cesar.

—¡Es Jerry!—exclamó Kent—. ¿Quién le disparó?

—Collins—respondió el juez—. Fue el primero que le dieron.

El herido continuaba pidiendo agua, con voz desfalleciente, y Kent, compadecido de su amigo, se quitó el cintío donde llevaba el revólver, y así desarmado cogió un cubo lleno de agua y avanzando con precaución llegó junto a Jerry, se arrodilló y le dió de beber en un cazo.

El cañón de la carabina de Gallagher apuntó a Kent, pero uno de los bandoleros hizo ver a su jefe que el muchacho a lo que iba era a socorrer a Jerry, y Back bajó el arma.

Pero no fue solamente Gallagher quien tuvo la intención de disparar contra él, sino que de otra parte un revólver le amenazaba. Era el de Collins, quien vela en aquel momento el de acabar con el sujeto que le había puesto los puntos sobre las íes y del que sospechaba estuviere en contacto con la banda de Gallagher. Mas la oportuna intervención del juez, que de un manotazo le hizo desviar la puntería, evitó que consumara su propósito.

Kent, después de darle de beber a Jerry, lo cogió en brazos y montándolo en su caballo, se lo llevó al rancho donde vivía el herido con su madre.

La infeliz mujer, al ver a su hijo mal herido, creyó morir ella.

Apenas habían depositado al muchacho en su lecho, llegó a la hacienda Lupita, una muchacha que decía estar enamorada de Jerry, la cual al saberlo herido, venia a informarse de su estado y pretendía verle.

Y como no hallase nadie a la entrada de la casa, se metió en la habitación del herido; mas la madre de éste, al darse cuenta de la presencia de Lupita, la hizo salir de la estancia y le prohibió que volviera a intentar penetrar en ella, pues la buena señora sabía que Lupita era una mujer que llevaba una vida bastante licenciosa, ya que en el pueblo se murmuraba que tenía varios novios o amantes a la vez, y por lo tanto, el



Lupita entró en la habitación del herido.

amor que decía sentir por Jerry era mentira.

Lupita se insolentó con la anciana, pero ésta le dio, como vulgarmente se suele decir, con la puerta en las narices.

Pero Lupita era tan terca como frívola, y se obstinó en permanecer en la casa.

Y cuando Kent salió en busca de unas vendas y de agua para lavar la herida de Jerry, se tropezó con la muchacha.

Kent le ordenó que se marchara también.

Pero Lupita, al ver a Kent, se olvidó por completo del motivo que le había llevado allí, pues Kent era un muchacho que le había gustado siempre mucho y con quien anhelaba casarse y que la quisiera. Mas para esto había un gran inconveniente, y era, simplemente, que Kent no la quería a ella, porque sabía lo ligerilla de cascos que era y, además, por si esto

hubiera sido poco, porque tampoco ignoraba que su amigo Jerry estaba perdidamente enamorado de ella y en este caso, aunque le hubiese gustado, él no habría sido capaz de traicionar a un camarada quitándole la novia.

Ella extremaba sus arrumacos para ablandar el corazón del muchacho.

—Si tú quisieras—le decía, insinuante—podríamos ser muy buenos amigos... novios tal vez.

—Lo siento mucho—replicó Kent con ironía—, pero tengo ya novia en Arizona.

—¡Bah! Seguramente que no será tan guapa como yo.

—Tanto no, ¡Mucho más!

—¡Estúpido!

Y la joven, ante este insulto, abandonó la casa, airada.

En la misma puerta encontróse a Gallagher, a quien conocía, como a todos los individuos de la banda de éste, por ser amigos de Jerry y, por lo tanto, suyos.

—¡Hola, Lupita! ¿Cómo está Jerry?—le preguntó el bandolero.

—No sé. No me dejan verle. Están esperando al médico—respondió la muchacha, de mal talante.

—Bueno. Ya verás cómo a mí sí me dejarán verle—manifestó el bandido, muy seguro de lo que decía.

Decidido, penetró en la casa.

Y se halló con la desventurada madre, que al verle le miró severamente. Y al pedirle permiso para ver a Jerry, la dama lo negó rotunda y manifestó al bandido con energía:

—Usted no puede verle, porque si no hubiera sido por usted, Gallagher, mi hijo no estaría como está. ¡Y si Jerry se muriera, sería por culpa de usted, precisamente!

—Pues yo necesito verle, y no me iré de aquí sin haberlo conseguido—insistió Gallagher, sin respeto a la señora.

Kent, que había oído desde la habitación de Jerry, al que estaba curando, la voz del bandolero, y presintiendo que su intervención iba a ser necesaria, salió de la alcoba en cuanto hubo vendado a su amigo y, encarándose con Gallagher, le preguntó qué deseaba.

—Aquí, la madre de Jerry, que no quiere que le vea.

—Ni creo que Jerry quiera tampoco verle.

Kent le empujó hacia la puerta, pero Gallagher se revolvía airado, con ánimo de atazar al muchacho.

Nunca lo hubiera hecho, pues Kent, de un formidable puñetazo en pleno rostro, lo derribó al suelo, donde permaneció unos segundos sin conocimiento.

II

Las fuerzas vivas del pueblo se reunieron para constituirse en comité de justicia y acabar de una vez con la epidemia del bandolerismo, ensayando las más energicas medidas.

Kent Rogers se presentó ante el tal comité, por el cual había sido llamado, y el juez Mac Sweeney le preguntó si era cierto que iba a salir para Arizona la semana siguiente, a lo que respondió afirmativamente el muchacho.

—¿Entonces, vas a permitir que Buck Gallagher te eche del pueblo?—siguió hablando el juez.

—¿A mí? Nada de eso, Usted sabe que voy como guía de la caravana de su hermano.

—Pues no es eso lo que dice Gallagher, el cual estaba faroleando esta tarde en la taberna de que si te ibas era porque te echaba él.

—¡Dígame que miente!

—Es usted quien ha de decirse. Quédese y así le demostraré que es falso lo que dice—intervino Collins.

—Sí. Mi hermano encontrará otro guía. Necesitamos que te quedes aquí, Kent. Vamos a ver si Gallagher y su gente siguen matando y robando impunemente, o los echamos del país para siempre.

Kent quedó pensativo un momento.

—Buena. Si Gallagher cree que me voy por él, me quedare—decidió al fin.

Entonces el juez hizo que se leyera el documento por el cual todos los reunidos se comprometían a echar del pueblo a los facinerosos, e invitó a Kent a que jurase que se adhería a lo que allí se manifestaba.

—Bien, ¿Y qué hay que hacer?—preguntó Kent después de haber jurado.

—Advertir a todos los de la banda de Buck Gallagher que abandonen la comarca, o de lo contrario les aseguramos a cada uno una hermosa corbata de cáñamo.

Después le mostraron, a instancia de Collins, la lista en la que figuraban todos los nombres de los secuaces de Gallagher, y al ver entre ellos el de Jerry Sutton, Kent palideció.

—¿Quieres hacer el favor de firmar aquí?—le dijo el juez, ofreciéndole una pluma y presentándole el documento de constitución del comité.

Kent vaciló un momento.

—No te vuelvas atrás ahora, o te hará firmar ésto—le dijo Collins, apuntándole con su revólver al pecho.

Kent miró con desprecio al antipático personaje, y apartan-

do de si el arma con un manotazo, cogió la pluma y firmó con mano firme.

III

Desde el día siguiente, los hombres de Gallagher comenaron a recibir unos naipes en los que había una catavera dibujada toscamente sobre el as de trébol.

El primero que recibió esta carta macabra fué un tal Al, lugarteniente de Gallagher, mientras jugaba con éste en la taberna del pueblo.

Su rostro tornóse tan lívido que su jefe le preguntó qué le



Kent miró con desprecio a Collins.

ocurría. Al, mostróle la carta y manifestó que una vez le dieron una igual en California, la cual provenía de un comité de seguridad que las mandaba como primer aviso.

—El segundo no te lo mandaban si no era con la cuerda de la horca—prosiguió Al—. Por eso yo no esperé, y me vine aquí.

Gallagher se echó a reír de la aprensión de su compinche, pero en el fondo quedó tanto o más preocupado que él.

Jerry Sutton, que hallábase ya restablecido de la herida sufrida, recibió también uno de los citados naipes. Y cuando una mañana fué Kent a verlo, como éste le manifestara que no salía con la caravana de Mac Sweeney porque tenía otro trabajo que hacer en el pueblo, Jerry le dijo, con hiriente mordaci-

dad, mostrándole la carta, que había encontrado sobre su almohada:

—¿Es este tu trabajo?

Los ojos se le desorbitaron de espanto a Kent, al ver en manos de su amigo el anipe fatal.

—¿Sabes lo que es esto?—le preguntó a Jerry.

Este contestó afirmativamente. Y entonces Kent le dijo, en secreto, lo que había, para ponerlo en guardia.

—¿Y tú eres mi amigo?—le increpó Jerry.

—Sí, lo soy y seguiré siéndolo. Si no lo fuera, no habría hecho que me sustituyeras como guía en la caravana de Mac Sweeney. Creí que me lo agradecerías. Fue para que pudieras apartarte de Gallagher y allá, en Arizona, poder comenzar de nuevo.

Jerry bajó la cabeza, anonadado por el peso de la razón que encerraban las palabras de su amigo.

—Sí—repuso—; te lo agradezco. Muchas gracias. Precisamente a mí me gustaría ir a Arizona, sabiendo que luego harías de ir tú allá. Pero no quería dejarla sola...

—¡Pero si tu madre quiere que vayas!

—¡Ah! No pensaba precisamente en mamá, sino...

—¿En Lupita?—le atajó Kent—. ¿Pero no comprendes que esa muchacha es indigna de tu querer?

Una sonora bofetada respondió a las palabras de Kent.

Este tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para contenerse y no descargar sus puños crispados sobre su amigo.

Entristecido por el trato recibido de éste, Kent se alejó lentamente, en busca de su caballo, para regresar al pueblo. Pero aun no había puesto el pie en el estribo, cuando oyó a su espalda la voz de Jerry, que le decía:

—No quise hacerlo, Kent. Perdóname. Pero no debías haber dicho eso. ¡Yo la quiero!

Kent trató de suavizar la cuestión, diciéndole que si Lupita le quisiera de veras, iría con él en la caravana. Y Jerry, optimista, respondió que no tenía más que proponérselo y la muchacha lo haría.

Los dos amigos montaron en sus caballos y fueron al pueblo, donde Kent presentó a Jerry al hermano del juez Mac Sweeney, jefe de la caravana, que hallábase lista para partir al día siguiente.

Collins, que se hallaba presente, expuso sus reservas acerca de Jerry, diciendo que éste era amigo de Gallagher.

El juez abonó en favor de Jerry Sutton y éste quedó aceptado como guía.

IV

Al enterarse Gallagher de que Jerry sería el guía de la expedición, se frotó las manos con satisfacción. El oro que Mac Sweeney transportaba, ya era suyo.

Viendo a Jerry junto a uno de los carros que componían la caravana, se le acercó y le dijo:

—Oyente. Toma el desfiladero y acampa en Indian Springs mañana por la noche, ¿comprendes?

—No puedo hacer eso, Buck. Sería traicionario—respondió enérgico el muchacho.

—Bueno, pues traicioname tú a mí y verás lo que te pasa.

Esta conversación había sido escuchada por Kent Rogers, el cual corrió hacia Mac Sweeney y le dijo que convendría suspender la salida hasta que la banda de Gallagher hubiera quedado deshecha por los conjurados.

Mac Sweeney contestó que era imposible demorar la salida.

—Entonces no espere a mañana—le replicó Kent—. Salga ahora mismo, en cuanto Gallagher se haya marchado.

—¿Pero a qué viene esa prisa?

—Para andar con toda seguridad.

—¿Y mi guía? Sutton no sabe nada y...

—No se preocupe por eso. Su guía le alcanzará en seguida.

Jerry había ido a casa de Lupita, a la que le comunicó que marchaba a Arizona, en lugar de Kent, y con gran ansiedad preguntó a la muchacha si ésta estaría conforme en seguirle cuando él la llamase.

Lupita vaciló antes de contestar.

—Pero, aun no me has dicho por qué vas. Me extraña mucho esta marcha tan rápida. ¿Está enterado Buck Gallagher de todo eso?

—Por Buck Gallagher voy—respondió Jerry.

Una voz sonó a su espalda:

—¿Tú no vas a ninguna parte!

—¡Kent!—exclamó Jerry, sorprendido al ver al amigo en la puerta.

—He tardado mucho en convencerte, Jerry—dijo Kent—, pero veo que no tienes arreglo. Oí tu conversación con Gallagher en el pueblo.

—¿Y creíste que haría caso de Buck?

—Estoy seguro; pero no tendrás ocasión, porque seré yo quien guíe ahora la caravana.

—No; si crees eso de mí, te demostraré que...

Jerry quiso salir para ir a ponerse a la disposición de Mac Sweeney, pero Kent ya no las tenía todas consigo respecto a la

fidelidad de su camarada, y echándose sobre él, de un salto, lo derribó al suelo.

Los dos contendientes lograron ponerse en pie, y al ir a arrojarle Jerry sobre Kent, éste le recibió con un golpe tan terrible en la barbilla, que Jerry cayó de espaldas y se dió un formidable golpe en la cabeza, que le hizo perder el conocimiento.

Rápido, Kent lo amarró de pies y manos y lo metió en un cuchitril donde Lupita guardaba sus ropas, de cuya puerta arrancó la llave, después de asegurarse de que había cerrado aquella con dos vueltas.

—¡Miserable! ¿Por qué has hecho eso?—bramó Lupita.

—Lo hago por su bien, Lupita—respondió Kent—. Tú podrás no querer a Jerry, pero él está loco por ti, y al menos por gratitud debes salvarle de la horca, adonde seguramente iría a parar si viera a Gallagher antes de salir la caravana.

V

Los cuatro carros que componían la caravana habían partido ya.

En el primero iba Mac Sweeney, y a su lado, dándole escolta, el antipático Collins.

Caminaban tranquilos, sin forzar el trote de las caballerías para que pudiera alcanzarles Jerry Sutton, al que suponían habría avisado Kent.

Iban bien ajenos a que, a no mucha distancia, les seguía la cuadrilla de Gallagher.

En cambio, Kent galopaba desenfrenadamente para dar alcance a la caravana cuanto antes. Y de pronto, con gran asombro, descubrió ante sí a unos cuantos jinetes que su vista, acostumbrada a ver en la lejanía del campo, reconoció como la cuadrilla de Gallagher.

Entonces, echando por atajos y vericuetos, espolizando sin cesar a su cabalgadura, logró llegar hasta la caravana, y poniéndose junto al jefe de la expedición, le preguntó:

—¿Por dónde va a echar, Mac?

—Por el desfiladero—respondió Mac Sweeney.

—¡No haga eso! ¡Retroceda!—Gallagher y su gente van a atacarle y en el desfiladero no hay salvación posible.

Collins, receloso siempre de Kent, se encaró con éste y le dijo:

—¿Qué se propone, Kent? Primero iba usted a guiar la caravana; después recomendó a Jerry Sutton; ahora sustituye usted a éste y recomienda retroceder.

—No es hora de discutir, Collins—replicó Kent—. Si no me

hacen caso, les pesará. ¡Recuerde usted que lleva mujeres y niños en la caravana, Mac!

Una nube de polvo levantóse a espaldas de ellos, en la lejanía.

—¡Ha mentido usted, Kent! — gritó Collins, enfurecido—. ¡Esos son Buck Gallagher y su gente! ¡Nos entretuvo aquí para dárles tiempo a alcanzarnos, y yo no he de parar hasta verle a usted en la horca! ¡Adelante, Mac, adelante!

Mac Sweeney instigó a los caballos y éstos emprendieron un galope infernal.

Los conductores de los restantes carros le imitaron y la caravana corrió con un estruendo horrible, levantando verdaderas nubes de polvo.

Pero la impedimenta que arrastraban los caballos les impedía correr con la velocidad que los de los bandidos, y éstos dieron alcance a la caravana en el desfiladero, en cuya desembocadura les aguardaba la otra mitad de la banda.

De una y otra parte sonaron disparos. Y Kent pudo demostrarle a Mac Sweeney que no era ningún traidor, disparando su revólver contra los foragidos y consiguiendo que varios de ellos mordieran el polvo.

Los caballos del carro que guiaba Mac Sweeney se desbocaron, espantados con las detonaciones, y emprendieron una loca carrera, bordeando un abismo.

Mac Sweeney veíase impotente para dominarlos, y Kent, viendo el peligro que aquél corría, acicateó a su caballo hasta que consiguió ponerse a la par del carro, y entonces, dando un salto peligrosísimo, logró agarrarse al vehículo, penetró en el interior de éste y, cogiendo las riendas, trató de dominar a los espantados animales.

Pero en aquel momento ocurrió algo espantoso. ¡Una rueda del carro de Mac Sweeney se salió del eje y el vehículo volcó, precipitándose dando tumbos por el terraplén.

Kent fué despedido violentamente a gran distancia del carruaje, quedando tendido durante largo rato, sin conocimiento.

Cuando volvió en sí se acercó al carro y junto a éste halló a Mac Sweeney gravemente herido.

Trabajosamente, con ayuda de Kent, logró incorporarse y balbuceó:

—Si te hubiera hecho caso, en vez de hacerle caso a Collins, no hubiera ocurrido esto, Kent... Escúchame; el oro está aquí, en este cinto... No consiguieron cogerlo... Tómalo tú y dáselo a mi hermano. ¡Adiós, Kent!

Mac Sweeney exhaló un suspiro rónico y su cabeza se dobló sobre su pecho. ¡Había muerto!

Kent lo contempló, profundamente apenado.

Y cuando iba a cumplir la voluntad del difunto, oyó tras sí una voz que le decía:

—¡Siempre dije que tendría el gusto de verte algún día ahorcado! ¡Artóllate ese cinturón al cuerpo y vamos a explicárselo al juez!

Kent volvióse y vio a Collins, que le amenazaba con un revólver.

Tranquilamente levantóse el muchacho, para inspirar confianza a Collins, y cuando éste se hallaba más descuidado, se arrojó sobre él, lo derribó al suelo y lo desarmó.



—¡Siempre dije que tendría el gusto de verte ahorcado!

—¡Repite eso que acabas de decir, miserable!—le dijo, cogiéndolo por el chaleco y amenazándolo con el puño.

Collins chilló, pidiendo socorro, y los hombres que formaban la caravana, los cuales habían logrado dispersar a los bandidos, llegaron corriendo hasta ellos y apresaron a Kent, al cual Collins acusó de haber robado el oro de Mac Sweeney.

VI

El juez Mac Sweeney, hermano del difunto, ante la grave acusación de Collins y viendo que Kent, efectivamente, llevaba el oro de su hermano, condenó a la pena de horca al muchacho, tras un juicio sumarísimo.

Los más exaltados del pueblo cogieron a Kent y se dispusieron a ejecutar por su cuenta la sentencia.

Collins hallábase radiante de satisfacción porque veía llegado el momento de vengarse de aquel que había osado burlarse de él y no había querido someterse a su voluntad.

Alguno le llevó una cuerda a Collins, la cual pasaron por los barrotes del balcón del único hotel que tenía el pueblo y con el otro extremo ataron por el cuello a Kent, al que hicieron subir sobre un barril.

—Ahora preparaos para dar una patada al barril cuando yo avise, y el pollo bailará la danza macabra en el aire—dijo Collins, riendo cruelmente.

Y en medio de un gran silencio dijo:

—¡A la una! ¡A las dos! ¡A las...!



—¡Repíte lo que acabas de decir, miserable!

—¡Alto!—exclamó una voz, que todos reconocieron como la del juez Mac Sweeney.

Todos quedaron perplejos.

El juez venía acompañado de Lapita.

Y el juez habló:

—Ese hombre no es culpable, Collins. El que buscáis es Jerry Sutton.

—¿Y entonces cómo fué el quien se nos presentó?

—Porque fué a avisar a mi hermano. ¡Soldad inmediatamente a Kent!

Su orden fue obedecida en seguida.

—¡A buscar a Jerry Sutton! ¡A buscar a Jerry Sutton!—clamaban todos, enfurecidos.

Kent no salía de su estupor. ¿Qué había ocurrido?
La cosa era sencilla.

Lupita, que había visto a Kent ser conducido por la muchedumbre indignada, presumiendo lo que iba a ocurrir, corrió a entrevistarse con el juez y le contó la verdad de lo ocurrido, sin darse cuenta de que con su declaración culpaba a Jerry.

Y cuando quiso meditar esto, ya era tarde. El juez, convencido de que sus palabras eran sinceras, dispuso la libertad de Kent, pero la gente dirigió entonces su furia contra Jerry.

Kent pensó, con tristeza, en Jerry...

—¡Infeliz!— musitó.

Se organizó una batida en toda regla. Collins, iba dispuesto a cumplir la orden del juez, quien había dispuesto que a todos los hombres que encontrasen de los que había en la célebre lista, los ahorcasen sin compasión.

Cuando el grupo se alejó en dirección al rancho de Jerry, Kent miró desolado a Lupita.

—Gracias, Lupita—le dijo, estrechándole la mano—. Te debo la vida, pero al salvarme, ponemos entre los dos la soga al cuello de Jerry.

—¡No!—exclamó ella—. Yo les he dicho que está en su casa, pero es mentira. Está donde tú le dejaste.

—¡Oh! ¡Entonces corramos a salvarle!

Y montando en su caballo, cogió a la muchacha y la colocó en la parte delantera de la silla y se dirigieron al galope a casa de Lupita.

Pero allí les esperaba una sorpresa. Gallagher, había entrado en la casa para ver si Lupita le sabía informar dónde se encontraba Jerry Sutton. Mas éste, al oír ruido, creyó que era la joven y la llamó a grandes voces.

Gallagher descerrajó la puerta del cuchitril y con gran sorpresa vió en él a Jerry, atado de pies y manos.

El muchacho le refirió todo cuanto le había ocurrido con Kent, pero Gallagher no le creyó y le dijo:

—¡Tú fuiste quien les avisaste, y ahora mismo vas a reunirte con Kent, que murió con Mac Sweeney al volcar el carramatol!

Y se iba a echar su carabina a la cara, cuando oyó tras sí la voz de Kent, diciendo:

—¿Oíste ladrar a este cachorrillo alguna vez, Buck?

Volvióse Gallagher, rápido, y hallóse con Kent, que le apuntaba con su revólver.

Tras el muchacho se hallaba Lupita.

—Por eso encima de la mesa—le ordenó Kent, refiriéndose a la carabina.

El bandido obedeció.

Gallagher, aprovechando un descuido de Kent, se lanzó sobre éste y lo derribó encima de un sofá.

Era una lucha de fieras. ¡Se golpeaban, se arañaban, se mordían!

De pronto Buck, viendo su carabina sobre la mesa, se arrojó a cogerla, pero resbaló, y en la caída se disparó el arma y su carga le atravesó el corazón.

Fuera se oía el galope de caballos, que se acercaban en tropel en busca de Jerry.

Para salvar a su amigo, Kent ideó una estratagema ingeniosa. Le pidió a Jerry su anillo y su revólver y después de ponerle aquél en un dedo al cadáver de Gallagher y hacer que



... le apuntaba con su revólver,

la mano de éste empujara el arma crispadamente, le cubrió con una manta, ordenando al mismo tiempo a Jerry que se ocultase con la carabina del malvado.

Y cuando llegaron los perseguidores de Jerry, Kent les hizo creer que aquél era el cadáver de su amigo, al que había dado muerte Gallagher poco antes de llegar él, después de lo cual había huido el bandolero.

Todos, incluso Collins, creyeron de buena fe sus palabras, y salieron para perseguir a Gallagher.

Solamente uno hubo que no se tragó la píldora, y ése fue Ginsberg, quien a poco volvió a penetrar en la casa, encontrándose con Jerry.

—A mí no me la daís—les dijo—. Tú, Jerry, llevas siempre el anillo en el dedo corazón. Pero no temáis, yo nada diré. Sólo quiero cuarenta dólares que me debe Jerry.

—Yo salgo fiador de Jerry—dijo Kent.

—Entonces no hay más que hablar. Buena suerte.

Desde la puerta, Lupita y Ginsberg contemplaron con tristeza cómo se alejaban a caballo Jerry y Kent, camino de Arizona.

FIN

Número anterior:

Vida azarosa

por George O'Brien

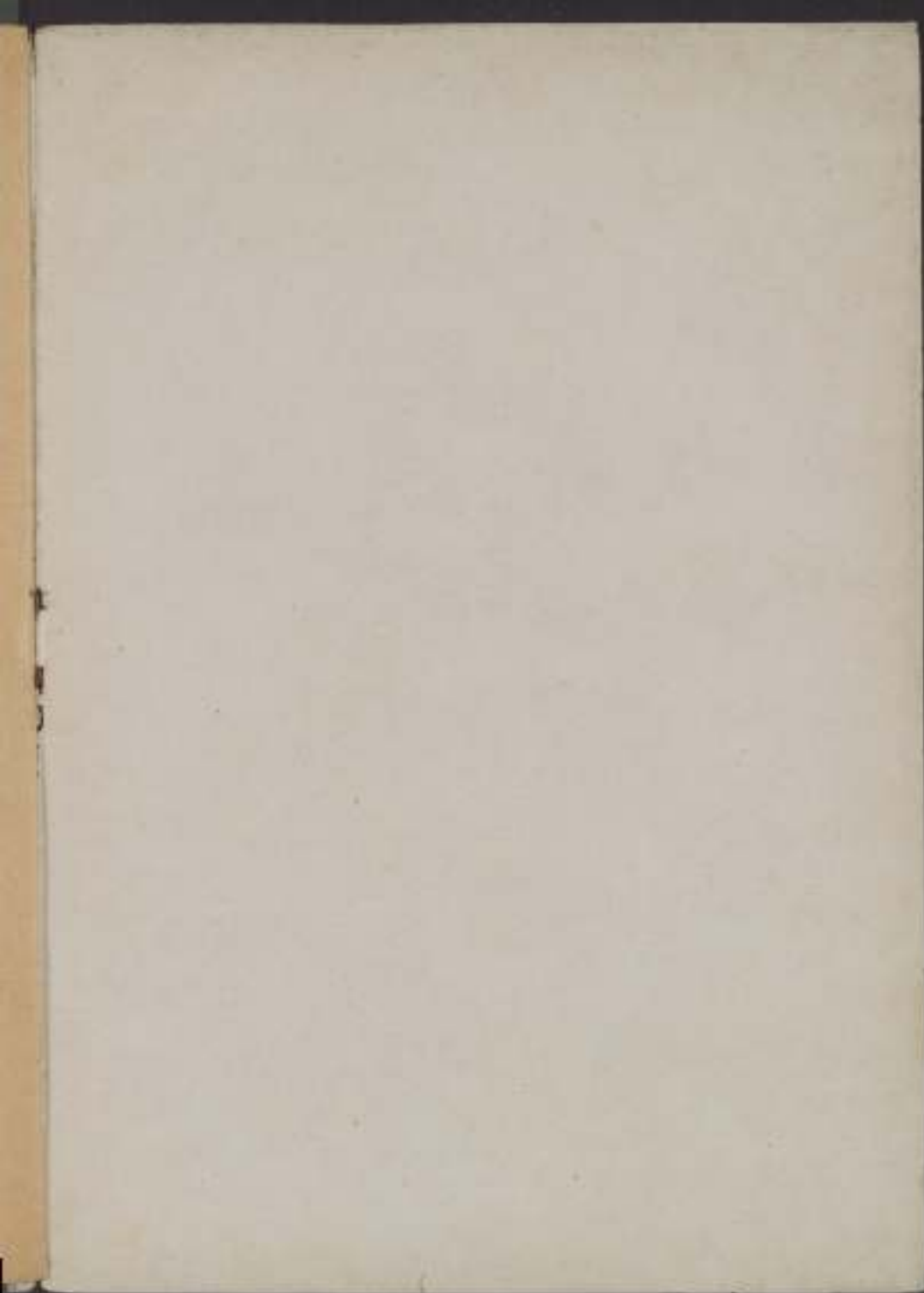
Próximo número:

Delirios del trópico

por Jack Holt

.....
Distribución para España: Sociedad General Española de Librería-Barbará, 10-Barcelona

.....
Imprenta Industrial, Aribau, 133. Teléfono 76307. Barcelona.



— Las mejores novelas cinematográficas las publica

EDICIONES BISTAGNE

Passeje Paz, 10 bis

BARCELONA

.....

PIDA SIEMPRE LOS SIGUIENTES TÍTULOS:

CABALLISTAS DEL OESTE

Asuntos ideales para muchachos. Precio: **15** cts.

AVENTURAS FILM

Los mejores caballistas. Precio: **15** céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Immejorables producciones, con postal regalo. **30** cts.

LOS MEJORES FILMS

Películas de categoría. Precio: **50** céntimos.

ÉXITOS CINEMATOGRÁFICOS

Asuntos de gran relieve. Precio: **50** céntimos.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Las más destacadas superproducciones. **1** peseta.

.....

Exija siempre

EDICIONES BISTAGNE

Passeje de la Paz, 10 bis • Barcelona